

La respuesta

Y eso nadie en su sano juicio

lo quería si bien, y cuando ya habíamos conseguido que las piezas del armarito para el oratorio de la abuela donde quería ella guardar las hostias sin consagrar que nunca faltaban en aquella casa porque ella misma las mandaba encargarse en la confitería antes de que se acabara la remesa anterior y a don Sisenio, a la hora de misa, nunca le faltasen encajaran sin que sobrasen tablas ni faltaran tornillos ni protestas porque siempre había alguien que se ponía a opinar justo en el sitio que ya tenía algún otro reservado para ponerse a repasar la tabla periódica de los elementos que sabía muy bien, aun sin tener que repasarlo, que le iba a caer en todo el centro del sistema solar que había dibujado con tinta china y lápices de colores con mucho cuidado una mancha de salsa de tomate si lo dejaba encima de la mesa de la cocina nos dimos cuenta de que, queriendo o sin querer, habíamos de resignarnos a que nuestros destinos estaban trazados siempre por mano de extraños que ni nos conocían ni tenían una idea muy remota de qué tal pudieran acomodarse nuestros temperamentos a designios tan arbitrariamente concebidos por quienes, a su vez, habían encontrado diseñados los suyos por unos otros que, supiéranlo o lo ignorasen, tampoco eran entidades autónomas ni adornadas de un albedrío más libre que el tiempo de los domingos por la tarde que, contra lo que cupiera esperar y se esperaba aunque fuera sólo por pura costumbre, no es ya que no lo fuese sino que ni siquiera lo estaba, aperreado siempre y con la lengua fuera porque había de ocuparse en tener todo a punto para cuando, tan pronto amaneciera el lunes, arrancase la siguiente semana.